

EL ASTRONAUTA

Gino Amoretti Álvarez

Era un niño ensimismado en su fabuloso mundo de fantasías, desconectado de la vida terrestre y totalmente ausente de nuestra monocromática vida escolar pisqueña, por eso le decíamos el Astronauta, porque estaba perdido en el espacio. Bueno, perdido para nosotros porque él se sentía con los pies "bien puestos en la galaxia".

El apodo parecía no importarle mucho y de nosotros no parecía importarle nada. Su mundo estaba reflejado en los dibujos que hacía en sus cuadernos, casi todos de naves espaciales o máquinas del tiempo, ciudades del futuro y armas de rayos láser. Sí, dibujaba todo eso, y lo hacía durante las horas de clases, ya que le aburría aprender cosas que, según él, "de grande iba a tener que olvidar para aprender cosas más importantes, trascendentales para el desarrollo científico y tecnológico de la raza humana". Porque de grande el Astronauta quería ser científico para poder inventar, primero que nada, la máquina del tiempo, que lo traería de regreso al colegio para así decirnos a todos: "Ya ven que no estaba pensando huevadas".

Sí, esa era su famosa frase, y cuando le preguntaba por qué mejor no dedicaba el tiempo a estudiar matemáticas, historia o literatura en vez de hacer dibujitos en el cuaderno, él me la echaba en cara con su orgullo de sabelotodo ficticio: "Yo no pienso en huevadas".

No era un buen alumno y varias veces el profesor de matemáticas ya lo había pescado *in fraganti* dibujando las famosas navecitas espaciales en los cuadernos. "No son navecitas, son máquinas del tiempo", corregía ofuscado. Los chicos se burlaban de él todo el día y nadie quería ser su amigo. Ni siquiera yo, que para desgracia mía era su compañero de carpeta. Y digo desgracia porque cuando le arrojaban cosas a mí también me caía.

Un día, cuando le estaban lloviendo lapiceros y bolas de papel sobre la cabeza, la mitad de la lluvia me cayó también a mí. Me amargué y grité: "Al menos apunten bien, estúpidos". El profesor nos expulsó del salón a los dos, al primero y al último de la clase.

Sí, yo era el primero de la clase y con las más altas calificaciones. Mi madre, además, para no descuidar mis notas, me había puesto profesores particulares de matemática, lenguaje, inglés y música. En mi casa tenían muchos planes para mí, pues ya me veían como un gran médico, un prominente abogado o un destacado ingeniero, es decir, luego del colegio me esperaban más libros porque mi destino estaba en Lima, en una gran universidad, por lo que no tenía tiempo para ser niño.

De hecho, yo no tenía amigos en el colegio hasta que conocí al Astronauta, con sus coloridos dibujos e imaginación deslumbrante que me enseñaron a nadar contra la corriente de la lógica absurda y alienante de este mundo gris y ordinario.

El Astronauta era delgado y frágil como un flamenco de Paracas, de baja estatura y piel cobriza, dueño de una larga cabellera que le cubría la frente y de unos ojos negros que reflejaban la triste realidad de la que buscaba escapar. Era el mayor de cinco hermanos y vivía en una casita de cañas y adobes. Su padre era un borracho y su madre una modesta vendedora de pan, que le había enseñado a tener siempre limpio su remendado uniforme gris y relucientes como espejos sus zapatos reencauchados.

Aquella mañana, cuando nos expulsaron del salón, lo conocí mejor. El profesor nos había mandado a resolver algunos ejercicios de matemática en una de las bancas del patio y el Astronauta, a quien poco le importaban los números, aprovechó para mostrarme con orgullo sus cuadernos llenos de naves espaciales. "Máquinas del tiempo, son máquinas del tiempo", me corregía.

A él solo le importaban sus dibujos y todos sus cuadernos estaban llenos de ellos. Me dio pena que no tuviera

la misma dedicación con los cursos, así que le dije que viniera a mi casa durante la tarde para hacer las tareas juntos, que yo lo iba a ayudar para que así, a fin de año, el profesor no le pusiera en la libreta dos ceros enormes como los anillos de Saturno.

Esa tarde, cuando hacíamos las tareas, comprobé que lo suyo no eran las matemáticas. Tenía que explicarle las cosas más sencillas con tal paciencia que me resultaba difícil creer que un niño como él, que todo el día pensaba en hacer viajes a la velocidad de la luz, no pudiera ni siquiera aplicar correctamente el teorema de Pitágoras. Pero él era así, lo que no podía resolver con la razón lo resolvía con la fantasía.

Cuando terminamos de hacer las tareas le pregunté porque vivía tan obsesionado con la idea de inventar las famosas naves... "Máquinas del tiempo, son máquinas del tiempo, y me servirán para regresar un par de años antes de mi nacimiento", me dijo con la seguridad de un erudito en la materia. "Ya, ¿y para qué?", le pregunté. La respuesta me quedó grabada con fuego por ser demoledora, tierna, sincera y triste: "Así evitaré que mi padre conozca a mi madre, ella merece ser feliz".

Me contó lo que sucedía en su casa, los problemas entre sus padres, las golpizas que sufría su madre cuando su padre estaba ebrio, los sacrificios que debían hacer para comer y para que él y sus hermanitos fueran al colegio. Aquella tarde el Astronauta me dibujó en la mente todo el infierno por el que estaba pasando.

Él estaba "dispuesto a hacer ese sacrificio", así definía su viaje al pasado, pues según sus cálculos, si él impedía esa relación, su madre jamás conocería a su padre, así ella jamás viviría en una

casa de cañas, jamás tendría tantos hijos por mantener, y jamás sufriría de golpizas ni humillaciones, ella sería feliz.

La felicidad. Jamás había pensado en ello. Ni siquiera en buscarla. "Qué es la felicidad para ti, Astronauta", le pregunté, y me respondió así: "Es hacer lo que quieres hacer sin que nadie te haga hacer lo que no quieres hacer". Entendí que era por eso que se ponía a dibujar en las clases de matemática. Él detestaba los números, no quería aprender matemáticas, no quería saber nada de eso salvo si era para contar en cuenta regresiva hasta el cero.

"Hacer lo que uno quiere hacer", pensaba: "¿Así es la felicidad? ¿Y si es así entonces con qué derecho ponen al Astronauta a estudiar matemáticas cuando no le gustan? ¿Por qué le hacen hacer lo que no quiere hacer? ¿Sucedió lo mismo con su madre en casa? ¿Con sus hermanos? ¿Sucede también conmigo?"

Aquella tarde de agosto del 2007 una revolución estaba sucediendo en mi cabeza. "Hacer lo que quiero hacer", pensaba: "¿Por qué no me dejan hacer lo que quiero hacer? ¿Por qué tengo que ser un rehén en el colegio y en mi casa? ¿Por qué tengo que ser el primer puesto de la clase si a mí eso no me interesa? ¿Por qué no puedo tener amigos? ¿Por qué?"

Y fue en ese momento, cuando por primera vez me cuestionaba tantas cosas en mi corta vida, que la tierra sobre la que estábamos parados, empezó a temblar. Sí, literalmente, empezó a temblar. Primero suavemente y de repente sobrevino un sacudón interminable que nos causó un terror indescriptible. Todos en la casa corrimos hacia las columnas y abrazados esperamos que dejara de temblar. Pero seguía temblando. En un cierto punto el Astronauta gritó entre lágrimas: "Mi mamá, mis hermanitos".

Cuando terminó el terremoto salimos de la casa. Tratábamos de caminar pero el piso estaba resbaloso, como si pisáramos sobre gelatina. Era una oscuridad total y había polvo por todos lados. Escuchábamos los gritos y llantos de las personas que buscaban a sus familiares, entre ellos los del Astronauta, que repetía una y otra vez: "Mi mamá, mis hermanitos".

Mi padre y yo junto con otros empleados de la casa lo acompañamos hasta donde debería haber estado su casa. Al llegar al lugar nos costó mucho identificar la casita de cañas y adobes, su casita, entre todos los escombros, pues todas las casas de su barrio al igual que la suya se habían caído. En aquel triste momento escuchamos una voz apocalíptica: "¡Corran, se sale el mar!". Mi padre me tomó por la cintura y escapamos junto con los demás.

En medio de la oscuridad y la confusión logramos llegar a casa. Allí me di cuenta de que el Astronauta no estaba con nosotros. Les pedí a todos que regresáramos por él pero nadie me hacía caso. La gente en las calles corría gritando: "¡Maremoto, maremoto!". Mi padre sacó a mi madre de la casa y junto con los demás, entre rezos y plegarias, corrimos hasta llegar a las afueras de Pisco.

El mar nunca se salió. Pernoctamos en una estación de servicios a un lado de la carretera y con la luz de la mañana vimos el espantoso espectáculo que presentaba Pisco luego del terremoto. Mi padre regresó a casa y trajo el auto porque mientras yo dormía habían decidido que me tenían que llevar a Lima. Así lo hicieron.

Nos tomó casi cinco horas salir de Pisco porque la carretera estaba destrozada. Viajaban conmigo mis padres y dos empleadas. Los demás se habían quedado en casa para cuidarla de los saqueadores. En un cierto punto de nuestro viaje mi padre me dijo: "Allá atrás está tu mochila con tus cuadernos". Cuando la abrí estaban no solo los míos sino también los del Astronauta. Y mientras escapábamos de la destrucción del terremoto yo me entretenía viendo sus dibujos e imaginando cómo sería el futuro.

No olvidaré nunca aquel día porque desde ese entonces comencé a dar rienda suelta a mi imaginación, a pensar en mundos lejanos a los que solo

se podría llegar con naves espaciales. También pensaba en viajes en el tiempo, quizá para regresar a rescatar al Astronauta, no lo sé, porque de él no supe más nada, pues me quedé a vivir definitivamente en Lima, y con el tiempo me convertí en un escritor, sí, en un escritor de ciencia ficción.

Y, bueno, así transcurrió mi vida, entre cuentos, novelas y películas de este género hasta que, si mal no recuerdo, hace una semana, cuando estaba en el aeropuerto listo para embarcarme a los Estados Unidos para asistir a una importante premiación, me llevé una gran sorpresa: el Astronauta estaba allí con una montaña de maletas.

Cuando me vio me reconoció, nos saludamos con un fuerte abrazo, y me contó que era un gerente de una transnacional, que le había ido bien, y que le hubiera gustado tener con vida a su madre y sus hermanitos para que vieran lo exitoso que era. Me dio otro abrazo y me dijo: "Gracias, hermano, si no me hubieras llevado a tu casa, hoy estaría muerto, o quizá vivo y sin un centavo en el bolsillo, porque ese día me di cuenta de que estaba pensando en huevadas".

Yo no le dije nada, solo me sonreí de la última parte de su respuesta, pero cuando me dijo: "Estoy seguro de que esta vez sí les vas a ganar a todos y te traerás el Oscar al Perú", yo le respondí, sonriendo, humildemente: "Ya ves, no has cambiado nada, sigues pensando en huevadas."